
Moisés Vincenzi: un pensador actuante ante la crisis moral generada por el hombre máquina

Enrique Mata- Rivera *

I. La filosofía como vivencia diaria

En la evolución de las ideas costarricenses, Moisés Vincenzi Pacheco ocupa un lugar privilegiado por la originalidad y creatividad de su pensamiento sobre los temas más sencillos y complejos de la filosofía, como una actividad de un continuo pensar y repensar sobre la vida del ser humano en sociedad; de ahí que don Constantino Láscaris (1983) lo define como el filósofo “*más maduro, completo y original que ha producido Centroamérica*” (pp. 283-284).

Moisés Vincenzi se preocupó por hacer de la filosofía no una actividad racional abstracta, sino una continua vivencia diaria; es decir, se propuso convertir la filosofía en un ejercicio intelectual

* Licenciado en Historia, Profesor en la UACA.

que no quedara en el círculo cerrado de la intelectualidad criolla; sino que la transportó a los espacios más populares de la convivencia humana —el hogar, la calle, el parque y la pulpería— porque a partir de ellos, se propuso hacer de esta disciplina del pensamiento un acto de información sobre la existencia concreta del individuo en sociedad: “*un pensamiento actuante sobre lo dado filosóficamente*” (Láscaris, 1963, p. 286).

1. Moisés Vincenzi, el educador

Es esa concepción de filosofía de este pensador nacional la que lleva a hablar de Vincenzi como un educador innato que entendía la educación de la siguiente manera:

(Como algo) útil para manejarse entre los hombres y no ser engañados por ellos [...] La educación de los sentimientos, de la conducta, que es el móvil de la bondad, el escudo contra las bajas tentaciones; la fuerza que nos aparte de la cárcel, de los vicios, de las malas costumbres” (Iza Vincenzi, 1992, p. 12).

El arte de educar para la paz, para la convivencia armónica entre los seres humanos y para la práctica de las buenas costumbres no se concretaba para este filósofo de Cartago en un terreno infértil; todo lo contrario, el verdadero maestro es aquel que se convierte en un amigo del joven, del cliente, del colega, del hombre común de la calle y siembra en ellos, a través de una buena conversación, los mejores sentimientos, los valores más nobles del ser humano. Es en esta acción pedagógica muy común en el actuar diario de Vincenzi que demuestra que “*el buen maestro no tiene horario, ni considera el aula como el único entorno de su acción pedagógica*” (Iza Vincenzi, 1992, p. 16).

El acto de educar o comentar una buena obra literaria por medio del diálogo y la enseñanza oportuna, es el que nos recuerda su hija. Era el pan espiritual a la hora del almuerzo y la comida en familia, momento sagrado en la comunión de los alimentos, cuando su padre habla del Quijote “*buscando en las páginas del pasado hilos que lo conectasen a la realidad, para demostrarle el verdadero valor del ideal permanente la creatividad y las enseñanzas de los refranes con aplicación a la vida diaria*” (Iza Vincenzi, 1992, p. 16).

2. Moisés Vincenzi, un filósofo cercano al pueblo

Una de las tantas facetas de este maestro del pensamiento fue la conversación con el ciudadano común, la fuente de inspiración para crear sus ensayos matutinos en *La Prensa Libre*; por eso era común verlo sentado en una banca del Parque Central de San José dialogando con sus amigos o paisanos quienes se acercaban a nutrirse del verbo fácil y profundo de Vincenzi cuando se refería a los problemas morales y espirituales de una sociedad como la del siglo XX, dominada por la máquina y el tornillo y por un utilitarismo pragmático que despreciaba los valores más esenciales de la naturaleza humana. Recuerda Carlos Lépiz y María Eugenia Dengo, en su obra *Moisés Vincenzi y la educación humanista*:

El grupo compartía valores y discutía ideas. Sobresale, de nuevo, el perfil de hombre que valoraba primero la esencia espiritual, casi ingenua para los tiempos actuales. Esperaba los mismos de los demás y utilizaba esas conversaciones matutinas para hacer llegar sus mensajes (Lépiz y Dengo, 1999, p. 15).

3. Moisés Vincenzi, paladín de los valores

Se le puede dar a Vincenzi, además del título de filósofo, de pensador, de educador y de escritor, el de defensor de los valores: hombre preocupado por las consecuencias nefastas que estaba ocasionando la barbarie contra la cultura, por el predominio de una civilización que ponía sus intereses en fuerzas filosóficas y económicas muy oscuras, que ponían el acento en la superficialidad de las cosas materiales antes que en el cultivo del espíritu, una civilización que apostaba hacer del consumismo su estilo de vida, la fastuosidad en desmedro de la vida sencilla, humilde y honrada. Este hombre pensante llega a convertirse en un fuerte crítico de esa sociedad desencantada que solo se dedica a aprender las disciplinas, como "*bárbaros especialistas*", parafraseando a Ortega y Gasset. Dice Vincenzi citado por su hija:

Los hombres saben hacer muchas cosas: aeroplanos, barcos gigantescos, edificios inmensos, ferrocarriles, puentes... No saben, sin embargo, vivir en paz, respetar las ideas y los sentimientos ajenos; proteger a los desvalidos; ayudar a los pobres, abandonándose a sus vicios, cuidar con esmero sus virtudes (Iza Vincenzi, 1992, p. 12).

II. La crisis espiritual del siglo XX: El predominio de la ciencia y del hombre máquina

A Moisés Vincenzi le toca vivir en el siglo XX, caracterizado por el odio, la destrucción y la desesperanza ocasionada por dos guerras mundiales, cuyas consecuencias han sido nefastas en la evolución del ser humano, que ha visto con ojos atónitos la entronización de la barbarie contra la cultura, la separación de lo material de lo espiritual, todo ello por ver quién conquistaba la naturaleza, quién obtenía de ella sus secretos más profundos para dominarla y poder ejercer su dominio material sobre el mundo. En esta carrera por obtener en forma rápida los beneficios de una economía que pone su énfasis en el objeto o la mercancía y no en la persona, la ciencia viene a jugar un papel esencial: ofrecer sus métodos, técnicas y conocimiento al servicio de la producción, lo que permite que se produzca la división entre las ciencias naturales y sociales; establecer el predominio de las ciencias que a través de sus investigaciones generan en forma rápida e instantánea un producto en perjuicio de aquellas disciplinas espirituales que lo que buscan por esencia es elevar el espíritu del ser humano a las cumbres más elevadas de la ética, situación que muy bien Vincenzi logra visualizar en su ensayo de *La Prensa Libre* del 19 de noviembre de 1955, titulado “Ciencia Exclusiva”:

Hay que imaginarse a un gran pueblo como el de los Estados Unidos, sin religión, sin moral, sin poesía, sin pensamiento superior, dedicado en forma exclusiva al desarrollo de la ciencia concreta, ya que también hay otras ciencias de otra naturaleza que se confunden en estrecho brazo con la filosofía. No se le pagará tributo a la justicia y su nomenclatura moral. No se le tomará en cuenta al arte en sus formas supremas, para elevar al hombre en la contemplación de lo bello. No se perderá tiempo en ir al teatro, en escuchar música, en sostener bibliotecas literarias, y filosóficas, sino exclusivamente de tipo científico. El amor desaparecerá en todas partes y la inseminación artificial sustituirá al claro de luna de los novios. El utilitarismo escolar desterraría todo estudio inútil, como el de las viejas culturas y de las nuevas (Vincenzi, 1955, p. 2).

La era del maquinismo que dio inicio con la Primera Revolución Industrial a partir de 1750 que significó el desplazamiento del

hombre por la máquina, convirtió al obrero en un apéndice de la máquina, al trabajador en un individuo que solo sabe atornillar; como lo expresó claramente Charles Chaplin en el filme *Tiempos de Gloria*, que no fue otra cosa que una crítica a esta sociedad del siglo XX dominada por la máquina y a la creación del hombre máquina. Ahora bien, el libro *El Hombre Máquina*, la obra clásica del pensamiento y reflexión de Moisés Vincenzi, expone los lineamientos filosóficos que permiten el surgimiento de este tipo de ser humano, como su influencia negativa sobre la cultura, la ética de la sociedad del siglo XX.

En esta época del dominio del hierro y del acero es en la que se desenvuelve el hombre máquina, un individuo que se desarrolla solo en una facultad, es decir, es el hombre pragmático, el especialista que solo se dedica al estudio parcial del conocimiento, ser humano egoísta, amante del dinero, de un materialismo que aniquila toda creatividad, como parte de la acción humana en favor de una cultura integral. En suma, es el “bárbaro”, el hombre inculto:

...Se ama en exceso a sí mismo; el que menosprecia sus facultades y los deja derrumbarse por simple pereza o por falta de una actitud heroica [...] se proyecta en los cauces del robo, el de la envidia, de la calumnia, de la frase sutil, a veces como una serpiente. Son avaros, ocasionales o integrales, pero no logran disimular su vicio infernal (Vincenzi, 1963, p. 15).

En la clasificación que hace Vincenzi de los bárbaros que atentan contra el “humanista totalista” o integral y, organizados en equipos, se encuentran los bárbaros ocasionales, los fragmentarios, los integrales, los racionalistas, los pasionales y los volitivos, dispuestos a las más diferentes tareas en contra de los más nobles ideales de la sociedad. De todos ellos, según este filósofo de la espiritualidad costarricense, el más peligroso y el que está presente en todos los campos de la cultura, la educación y del gobierno son los barbaros pasionales:

Son los fanáticos de todas las clases imaginables [...], tienen el monopolio de la verdad y llegan fácilmente al crimen para defenderla... El fanático no ve más allá de las fronteras que le han trazado o que se ha trazado a sí mismo, es un esclavo,

un reo, y así su primitiva sinceridad se desvanece, dejando de servir a la ciencia bien dirigida, a la filosofía bien fundada, al arte bien alimentado, a la conducta creadora (Vincenzi, 1963, p. 17).

Los dos caminos por seguir para superar esa falta de espiritualidad, para recuperar al hombre *hombre*, es decir, al hombre culto o definido como lo llama Vincenzi en sus diferentes obras filosóficas, son el Humanismo Totalista y la Cultura, espacio que nos dedicaremos a analizar con el aporte de este apóstol de los valores.

Humanismo Totalista y Cultura: Los caminos para la superación de la crisis espiritual

1. Humanismo Totalista

Moisés Vincenzi conceptualiza al humanismo totalista como un movimiento no estático, sino en su constante dinamismo en la conquista del buen actuar del ser humano, por medio del discurso del amor al prójimo, de la exaltación, a través de obras literarias y filosóficas, del valor de la vida y un rechazo total al pesimismo que promueve el hombre máquina.

Según estas premisas, la tarea más importante del humanismo totalista para rechazar el pesimismo, característica esencial de la sociedad del tornillo, y promover una colectividad más optimista es promover en todas las esferas de la sociedad los valores en una forma cada vez más ascendente.

¿Cuáles individuos pueden participar de este movimiento por el rescate de la ética y de la moral de las garras de la máquina?

A. Aquellos que aceptan la vida como un hecho dado e insoslayable y que se opongan a todas aquellas fuerzas negativas que subestimen y corrompan la actitud de un buen comportamiento.

B. Aquellos que posean una actitud firme:

(Aceptan) el dolor como prueba, la angustia más como una enseñanza que como una castigo. La fuerza de este humanismo

totalista se halla en una continua lucha por el mejoramiento, el bienestar espiritual y material del individuo, que por medio de su salud corporal y espiritual lo trasciende a la comunidad en la que vive (Vincenzi, 1963, p. 21).

En fin, ese humanismo totalista es una búsqueda de un camino para la liberación del ser humano de un mundo fatalista; gracias a él, que logra sobreponerse de un destino de incertidumbre generado por la “ciencia exclusiva”, hace que se produzca lo que llama Vincenzi “*un nuevo milagro*”, “*la luz propia*”:

Surge entonces por esta senda de la nueva conquista, la personalidad humana, la dignidad humana. Un milagro extraído de lo dado por lo producido; de lo fatal por lo libre. Un milagro que la razón vulgar no puede explicar tampoco, pero que ocurre en la obra del científico, del artista, del filósofo, del hombre de acción que encuentran todos los caminos de la libertad y del amor de la gracia del esfuerzo incansable hacia la supremacía de todas las cosas, a pesar de su destino (Vincenzi 1963, p. 24).

2. La cultura

Es la cultura el camino de la liberación que tiene la humanidad y puede desligarse del proceso materialista que la ha sumergido en un desarrollo económico que pone el énfasis en el goce irracional de los sentidos como un medio para obtener ganancias en un lapso muy corto, lo que no da lugar para la reflexión y contemplación de la vida.

¿Por qué razón Moisés Vincenzi llega a formular el anterior enunciado? Este pensador costarricense concibe a la cultura no en su sentido tradicional, sino como una florescencia moral: es belleza, medida de forma, forma en apretado ligamento y diáfana conducta que se trueca en amor por todas las cosas (Vincenzi, 1963, p. 40).

Tal apreciación de la cultura para Vincenzi tiene una fuerte raíz del cristianismo, específicamente de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. En esta epístola el apóstol les enseña a los habitantes de Corintio, ciudad griega de una gran prosperidad económica, con una cultura refinada y bajo un ambiente donde

la moral estaba ausente y constituía en una gran presión para la naciente Iglesia de Corinto; que el camino para luchar contra esa cultura material, es el amor, porque es en el amor donde el ser humano se realiza como un ser espiritual, “*porque si no tengo amor yo no soy nada*”:

Tener amor es soportar, es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse, ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo (Corintios, 1, 13. 4, 7 p. 251).

Por todo lo anterior, el camino para encontrar la paz verdadera es la cultura, ya que por medio de ésta, el ser humano se encuentra a sí mismo, es una lámpara que en la oscuridad que genera la crisis espiritual de la civilización contemporánea alumbró las potencias y facultades del hombre y de la mujer, que va a poner en acción en cualquier espacio en las que realiza sus actividades sociales. Se deduce que la cultura para Moisés Vincenzi es una forma de conducta, se traduce en caridad, en amor al prójimo, en la creación de valores, aunque estos se realicen en campos sencillos, por lo que este filósofo sentencia que la cultura no es un ejercicio exclusivo del intelectual.

El problema central de la sociedad del siglo XX, que construye su edificio bajo la hegemonía de la ciencia, es que este arte del saber sin inteligencia y sin saber, es la puerta que conduce a los vericuetos de la crisis contemporánea, a sus precipicios más anchos (Vincenzi, 1963, p. 40); es una situación que ha llevado a un saber deshumanizado que no se detiene a analizar las consecuencias de sus innovaciones, que en la mayor parte ha afectado la sana convivencia de los seres humanos, en otras palabras: la ciencia ha ayudado a perder el sentido de la vida; al perderse el horizonte histórico de la humanidad, no se sabe hacia dónde lleva la ciencia al ser humano.

Ante esta realidad de horror y de miseria espiritual ¿qué puede hacer la cultura moral? La formación del hombre culto es su mayor reto.

3. El Hombre culto

La formación del hombre culto, o como también lo define o llama Moisés Vincenzi “*el hombre definido*”, no es un proceso que se realiza de la noche a la mañana, sino que significa un esfuerzo titánico de muchos años para que el ser humano llegue a lograr la plenitud cultural, en la se unan sus potencialidades materiales y espirituales. En ese esfuerzo tiene una participación fundamental la educación, cuya máxima finalidad es la formación del hombre culto, sin la cual la historia carece por entero de sentido. (Vincenzi, *La Prensa Libre*, setiembre 1954, p. 2).

Esta afirmación del educador costarricense adquiere cada vez más vigencia al observar al individuo del siglo XX y de la presente centuria, cuyo finalidad última es su formación en las llamadas “ciencias duras”, siendo proporcionado en un instante de los frutos de la sociedad materialista, lo que lo lleva a despreciar y a desconocer el avance de la humanidad y el aporte de grandes hombres y mujeres que con sus talentos han construido la cultura universal; por lo tanto, su participación en la construcción de un futuro en el que prevalezca esa cultura moral y el amor en el que hace hincapié Vincenzi se desliza como agua entre nuestros dedos.

Para la conquista del hombre culto es menester afianzar un pensamiento integral en el que puedan converger todas las realidades, todos los pensamientos de los más diversos grupos sociales, un esfuerzo en el cual converjan todas las potencialidades del ser humano, que en un ambiente de plena libertad de acción se resuelvan los diferentes obstáculos que se le presentan para alcanzar los más nobles valores espirituales.

En un ensayo periodístico de Bandera Blanca, denominada “La cultura y la paz”, de *La Prensa Libre* del diez de abril de 1957, Vincenzi afirma lo siguiente:

El hombre culto huye de lo que no es auténtico: solo sabe aspirar a las cosas que ama de verdad; a obtener lo que, por sus méritos le pertenece. Es el polo opuesto del disociador, del calumniador, del envidioso. Donde el otro aparece en demanda de lo que no le merece, él se limita a esperar, sin

intrigas de ninguna clase, lo que le corresponde. Donde el otro odia, él ama. Donde el otro envidia, él aplaude. Donde los demás provocan escándalos, él promueve los valores de la paz y del equilibrio (1957, p. 2).

A este mismo hombre Vincenzi lo define en otros de sus escritos en *La Prensa Libre* como aquel individuo que se mantiene incólume antes las adversidades de la vida y que se esfuerza por mantener la permanencia de su carácter. Lo anterior no significa la oposición al cambio, sino que ese cambio debe ser ascendente en la búsqueda de los mejores horizontes de la libertad creadora y del buen entendimiento entre los seres humanos. Ese hombre definido es la oposición al “bárbaro pasional” al que se hacía referencia páginas arriba, porque no se somete a ningún fanatismo, sino que es capaz de abarcar todas las tendencias de todos los partidos, de todas las situaciones de todos los hombres (Vincenzi, 1954, p. 2).

Como maestro, como educador de generaciones, Moisés Vincenzi le da un espacio preferencial a la educación del carácter de los individuos de la sociedad contemporánea, quienes sufren de las presiones de una sociedad sumergida en una crisis espiritual y, concretamente, del joven, quien es preparado, no formado, en las disciplinas al servicio de esa sociedad materialista, pero que fracasan ante la ausencia de una adecuada preparación moral. Por lo anterior, ante una pregunta formulada por un costarricense a Vincenzi sobre qué tipo de preparación han de tener los jóvenes de Costa Rica, él responde:

Insistimos que la instrucción sin cultura moral NO SIRVE PARA NADA. Y que esta disciplina es el denominador común de todo género de estudios y de todas las épocas. Quienes no hayan educado convenientemente a sus hijos, en este aspecto, bien puede decirse que han fracasado por entero, en todo lo demás (Vincenzi, 1954, p. 2).

III. Bandera Blanca: La cátedra periodística de la moral

Como se ha venido señalando desde el inicio del presente trabajo, la crisis espiritual promovida por la civilización de la máquina ha venido a trastornar la conducta de las personas, incrementado el número de los pobres en espíritu, generando

un clima de incertidumbre, de confusión que tiene como consecuencias una crisis de las buenas costumbres. Ante tal realidad y preocupado por volver a recuperar el buen sentido de la vida, es que Vincenzi se propone con su columna de opinión en la página dos del matutino nacional *La Prensa Libre*, cultivar la conciencia y la unificación espiritual de sus compatriotas, venidas a menos, por la división de los costarricenses en bandos políticos opuestos, caracterizados por el odio y que llevó a la Guerra Civil de 1948.

Bandera Blanca es una columna de opinión donde Moisés Vincenzi toca los tópicos más diversos de la realidad mundial y nacional (culturales, literarios, científicos, filosóficos, entre otros); pero este escritor los une bajo el denominador común de la vida, la conexión moral y el amor al prójimo, como muy bien lo señala Láscaris, refiriéndose a Bandera Blanca: *“Es la obra maciza de Moisés Vincenzi [...] como el acoso de fragmentos de la realidad mediante el ensayo [...], es la obra cotidiana que a través de lo disperso va dando orden temático a la fluencia del mundo”* (Láscaris, 1983, p. 284).

Son dos los objetivos claves de Bandera Blanca: uno, opinar sobre los problemas nacionales, y el otro, constituir a Bandera Blanca en una guía espiritual para los costarricenses para estimular su desarrollo espiritual. Sobre este último objetivo, la finalidad de Bandera Blanca es hacer que los costarricenses se aficionen por los valores morales y que en cuanto mayor sea esa dependencia a las normas éticas, será más el apego a resolver los problemas vivientes de la cultura en una forma en la que se busque el bien común individual y colectivo; al respecto nos dice el maestro:

No se trata de que estemos obligados a hablar del bien y del mal en todas las oportunidades: se trata de meditar sobre la bondad, de aplicar el resultado de nuestros buenos pensamientos; al diario desenlace de nuestros actos vivos [...]. Si se aspira a ser buenos es ya una formidable conquista, llega a serlo en privilegio del hombre en plenitud de gracia y sabiduría (Vincenzi, 1954. p. 2).

Moisés Vincenzi, un fiel creyente del poder de la palabra escrita para transformar al ser humano, encontró en el periódico el medio más viable para poder dialogar con su pueblo, para

transmitirle los conocimientos de los grandes pensadores de los tiempos que se dedicaron a cultivar los valores de la moral, de la belleza del espíritu, de la vida sencilla, entre otros; o explicarles a estudiantes, obreros, intelectuales de ambos sexos algún aspecto de la filosofía, que algunos intelectuales de la pequeña Costa Rica solo debían de analizar y reflexionar en los círculos más selectos de la sociedad costarricense, por lo que, ante la crítica por la labor que realizaba Vincenzi desde la cátedra de *La Prensa Libre*, se defendía de los opositores a su labor educativa de la siguiente manera: “Muchos se empeñan en que al público no se le debe servir el plato fuerte de las ideas superiores, y sabiendo presentarlas al corto grupo que las comprenda justifican este afán positivo” (Vincenzi, 1956, p. 2).

Lo anterior explica el estilo literario de Vincenzi, quien utilizó en *Bandera Blanca* una redacción precisa, clara y no de una gran extensión porque conocía la oposición del costarricense en contra de grandes artículos, e interpretaba que el deseo del país era que se trataran temas elevados, pero en forma sencilla y rápida, por lo que desde su espacio periodístico, invitaba a otros diarios nacionales a dedicar algún espacio para publicar artículos de ideas para los costarricense que le sirviesen de escape a las duras preocupaciones de la política diaria (Vincenzi, 1957, p. 2).

Como filósofo, Moisés creía en el poder de las ideas, las que nunca están quietas, aquellas que están en continua realización; por lo que todo lo que hay en este mundo se ha movido partiendo de una “Idea Primaria”. Los hombres más pesimistas y escépticos que se han presentado en la historia han sido hombres de acción, cuyas ideas han revolucionado el mundo del conocimiento. De ahí se deduce que leyendo los innumerables artículos de *Bandera Blanca* se comprende el objetivo loable de Vincenzi: sembrar en el lector costarricense esa idea primaria que conduzca a sus compatriotas a la construcción de una sociedad más dedicada al cultivo de los valores, de sus facultades espirituales, todo ello con el afán de darle un profundo sentido a su vida. No se puede dar otro calificativo a la labor de este gran maestro, educador, escritor y filósofo que fue Moisés Vincenzi Pacheco que el de pensador actuante en el entorno social en que le tocó vivir, como unificador espiritual de su pueblo.

Bibliografía

Consejo Episcopal Latinoamericano. (1979). *Dios habla hoy*. México. Sociedades Bíblicas Unidas.

Cordero, Rodrigo. (1975). *Moisés Vincenzi*. San José, Costa Rica. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Departamento de Publicaciones.

Láscaris, Constantino. (1983). *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. 3ed. San José, Editorial Stvdivm.

Vincenzi, Moisés. (1955, 19 de noviembre). *Ciencia Exclusiva*. La Prensa Libre, p. 2.

Id., (1956, 3 de diciembre). *Los 3 años de esta columna*. La Prensa Libre, p. 2.

Id., (1957, 1º de abril). *La Cultura y la Paz*. La Prensa Libre, p. 2.

Id., (1957, 7 de agosto). *Mi retiro de La Prensa Libre*. La Prensa Libre, p. 2.

Vincenzi-Gang, Iza. (1992). *Moisés Vincenzi Pacheco: Maestro*. Heredia, Universidad Nacional. Centro de Investigación y Docencia en Educación. Dirección de Extensión.

Vincenzi Pacheco, Moisés. (1983) *El Hombre Máquina; ensayo sobre el desconcierto de la civilización contemporánea*. San José, Costa Rica. Imprenta Lehmann.

Id., (1963). *Humanismo y barbarie*. San José, Costa Rica. Imprenta y Librería Trejos.

